

LOS SANTOS SALVAJES



NATALIA MONJE

NATALIA MONJE
LOS SANTOS SALVAJES



© Natalia Monje, 2023
© por el mapa, CALDERÓN STUDIO®
© Editorial Planeta, S.A., 2023
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Primera edición: octubre de 2023

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: 15.361-2023

ISBN: 978-84-670-6980-8

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impresión: Rodesa, S. A.
Impreso en España / *Printed in Spain*



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

VILAR, CALVOS DE RANDÍN

—Qué tienes que decirle tú a mi madre.

El tipo es una lámina de pellejo seco, con ese cuerpo no se puede ser audaz más que con la boca, espera Flora, porque lleva una hoz en la mano, reposada junto a la pierna, pero quiere que se vea que esa herramienta no está ahí para segar hierba.

La vieja detrás de él, que venía atravesando la huerta a paso arrastrado, se detiene, deja salir de entre las encías un *deixa, ho*, y reorienta su atención hacia las gallinas que chillan a su espalda. Han conseguido volcar el cubo del maíz al suelo y sobre los granos esparcidos en el cemento del patio hierve una avalancha de picos, alas, uñas.

Flora no se mueve. Su cuerpo canijo clavado en el suelo. Sus rizos castaños paralizados, sin necesidad de una gota de laca. Su piel oscurecida, moteada por la agresividad de un verano perpetuo, se estrecha para contener el temblor más leve. Sus ojos grandes achicados, tensionados, no puede permitirse parpadear. Durante el trabajo de campo, cualquier antropóloga se encuentra con malas palabras. Amenazas veladas o evidentes. Ella sabe manejarse, sabe desviar la atención, sabe negociar. Lo ha hecho durante los últimos quince años, de Brasil a Mozambique, rastreando los sistemas de creencias de las tribus nómadas y las nuevas formas culturales que emergen bajo la superficie, en los arrabales superpoblados de las megalópolis. Y ahora, delante de este tipo, sólo se le ocurre inclinar la cabeza como un cachorrito abandonado y tenderle el papel arrugado que lleva en la mano: la fotografía que la ha traído tan lejos de todo lo que conoce, hasta esta finca aislada en la serra do Larouco, más allá de Randín, más allá de los últimos penedos que desde la carretera le parecieron el fin del horizonte, en un lugar que ni ella sabe si es Portugal o es España. La mandíbula del tipo responde con un chasquido que hace callar a los pájaros, fruto de un entrenamiento regular en masticación de huesos de mastodonte.

Ya se lo había avisado Suso, su *fixer* en A Limia. Si tú te vas a Afganistán o a Tijuana a grabar un documental, necesitas a alguien autócc-

tono que conozca cómo se mueve la vida, que te presente a las personas indicadas, que te planifique un itinerario seguro. Pues cuando te vienes a la montaña de Ourense a rastrear los fósiles de un ritual enterrado que conectaba el tiempo, la naturaleza y el ser humano, lo mismo. Te buscas a un *fixer*. Y si es un periodista, mucho mejor. Nadie tiene más ojos, orejas, pies y hasta hocicos que un buen periodista local con ganas de prosperar y con la misión sentida de que sus historias deben ser conocidas más allá de su profundo valle. Y así es Suso. Treinta y un años cumplidos el verano pasado y acaba de montar el primer medio digital de esa zona fronteriza, *O Tempo da Raia*. No te hagas ilusiones con esa familia, le dijo ya la primera vez que se encontraron, sentados en una escalera de piedra en el atrio de la iglesia de Santiago de Rubiás. Son raros. Son difíciles. Son de otra pasta. Hace siglos que no tratan con nadie. No vas a localizar la casa, está fuera de la carretera. Si subes hasta allí, mejor voy contigo. A ver, Suso. Un reportero metedizo con el hocico más largo que un hurón y conocido en dos leguas a la redonda no es la mejor persona para abrir camino con gente desconfiada.

Flora tenía otro plan: usar su mejunje de acentos para hacerse pasar por la típica extranjera extraviada, explotar la voluntad de auxilio que ella supone a todo habitante de las aldeas y desde ahí ir prendiendo alfileres, hilvanar la conversación, asegurar los puntos. Entonces le pareció una idea infalible. Le ha funcionado casi siempre, de Brasil a Mozambique. Pero cómo se habla con personas como esta. Levanta la mano muy despacio, mostrando la fotografía impresa en blanco y negro.

Quería enseñarle algo, dice. Es evidente que el tipo no puede verlo. El sol bajo de finales de septiembre le entra directo en los ojos.

—Larga de aquí. —Los nudillos se le ponen blancos alrededor del mango de la hoz, como si el hueso quisiera salir a saludarla.

Ya se lo había dicho Suso, si anda por ahí el hijo de Selvita, olvídate. Deja que te acompañe, que cuando yo era crío, ese hombre aún tenía trato con mi padre. Hasta venía a casa y ayudaba a organizar las cuadrillas para la vendimia, entonces teníamos viñas allá, en Monterrei. No era fácil, los trabajadores eran gente desunida, desconocida, una mezcolanza de mochileros, peregrinos, inmigrantes y chavales po-

bres de otros pueblos, algunos exyonquis, otros todavía enganchados, algunos chiquitos locos de Toén. El tipo ese, no recuerdo el nombre, con su rostro ajeno a las emociones y dos o tres monosílabos entre los dientes resolvía la campaña entera, las constantes bajas, que cada día se iban dos o tres o seis. Siempre fue seco, hosco, pero luego se volvió hostil, poco antes de morir su mujer, Gloria. Quizás ella estaba enferma y eso le cambió. Dentro de los hogares, el sufrimiento extendido de los males crónicos, de los días terminales que no acaban de terminar, eso pulveriza hasta las piedras. El tipo ese se replegó a su finca y allí se quedó, con su madre, Selvita, que él hijos nunca tuvo. Cuidan un puñado de vacas enclenques, algunas gallinas, y si va al pueblo, no habla con nadie. Hace mucho tiempo que esa gente no deja entrar a nadie allí. A la anciana Selvita ya ni se la ve, como no tengas suerte y salga a sachar la huerta. Hasta es posible que haya muerto.

—Tú te hubieras enterado de eso.

—El tipo ese sería capaz de haberla enterrado en la *leira*. Por apego filial, no en plan siniestro.

—Pues yo voy a ir.

—Prepáralo bien. Lléveles un detalle, algo de comida quizás. Lo agradecerán. En esa casa siempre parece que nada se da bien. Si plantan patata, les sale cicuta.

No podía ser tan difícil, pensaba entonces Flora. Hay un abracadabra para cada persona, eso es seguro. Si se encuentra el argumento correcto, la puerta se abre. Muchas veces ha tenido que convencer a los que no quieren hablar, *los del candado en la boca*. Son los menos, pero siempre hay alguno: los que odian las preguntas, los que desprecian su propia sabiduría, que me dejes en paz, que yo no quiero nada de eso, que qué te voy a contar yo, que no sé de nada, que yo a esta edad ya no voy a andar por ahí, que no me grabes, que ya soy viuda, que mis nietos dicen que no, que no me irás a hacer una foto, eh. Incluso esos, si logras encender el fósforo mágico capaz de prenderles en la memoria un recuerdo emocionante o hermoso, acaban enredándose en la trampa: se acuerda usted de esos juegos que había antes, que ya no existen, que todo se pierde, que están los críos todo el día dale que dale a la maquinita. Cómo se ayudaban los vecinos, no como ahora, que cada uno anda a su aire. ¿Y aquella escuelita del pueblo? Niños y niñas separadas, sólo aprendí las cuatro reglas y ya me sacaron, tenía que trabajar que aquí ya se empezaba de muy crío, *eu pa o*

outro día que nacín xa fun cas vacas, con nueve años empecé a comprar becerros. Me vendían los puchos porque sabían que era formal, y trato hecho. Mi padre era feriante, y con cinco años ya iba con él *pra feira*, después *pa* escuela. Andábamos a las cabras, cuarenta llegué a tener. Y aún les pongo leche de cabra a mis nietos desde el principio. Un médico le dijo a la madre que estaba loca, dándole leche de cabra a los chicos, hombre, vamos a comparar eso con lo que viene de afuera, que eso no es más que polvo y agua. ¿Y qué edad tiene usted, caballero? Ochenta años cumplí ayer. Ya está dentro, ahora, con mucho cuidado, hay que recoger todos los hilos y cerrar la red.

Pero cómo se hace con alguien como esta gente. Alguien con una hoz en la mano y una intención siniestra entre los dientes. Flora sola en una finca aislada al final de un camino de tierra con hierba muerta, pisoteada, que parte de una carretera comarcal por la que nadie pasa, porque sólo conduce al páramo, a la montaña arisca y a las antiguas sendas del contrabando que ya no son necesarias. El vecino más cercano está a varios kilómetros, separado por la sequedad del paisaje que cruje como una tostada. Al final iban a tener razón todos menos ella: su hermano Salvador cuando le decía que no viniese a Galicia, que esta gente era salvaje. Su *fixer* Suso cuando la advertía de que no iba a conseguir nada de la familia Fontes.

Regresar a casa de tu madre cuando rebasas los cuarenta es un magnífico impulso al emprendimiento, sobre todo si no os lleváis bien y vuelves porque la alternativa es vivir de la beneficencia, piensa Flora. Su caída fue tan rápida que ni le dio tiempo a despeinar sus rizos: de liderar investigaciones sobre la cosmogonía de los makonde a quedarse fuera de todo, llamada a mamá, las puertas abiertas de su hogar familiar en Albergaría dos Fusos. Allí fue donde perdió la esperanza y empezó a considerar la idea de quedarse para siempre en la aldea de los abuelos portugueses, aceptar el trabajo en la fábrica de aceite de su hermano, cortar todos los cabos que todavía la unían a su identidad anterior: Londres, la antropología, la investigación en el terreno. Sólo cuando estuvo dispuesta a renunciar apareció la oportunidad. La encontró leyendo el *Diario do Sul* en la taberna de Albergaría: cinco museos etnográficos de España y Portugal acababan de conseguir financiación europea para emprender un proyecto de divulgación sobre las mascaradas transfronterizas ibéricas, probablemente la última posibilidad que tendría Flora para volver a hacer lo único que

sabe hacer desde un extremo lo más alejado posible de todo lo que ha hecho hasta el momento. Justo lo que buscaba. Tendría que remover, presionar y persuadir para conseguir entrar en ese proyecto, algo complicado para ella, que en los últimos veinte años se había desconectado de la tierra de su madre. Y entonces, se acordó de aquella fotografía, que siempre le había resultado extraña.

A veces parecería que las imágenes tomadas al azar puedan capturar claves decisivas para el porvenir. Cuando la encontró, muchos años antes, abriendo cajas para desechar las cosas de su padre, no le dio demasiada importancia. Una foto en blanco y negro, antigua, a grano grueso, tomada dentro del juego violento de una celebración rural. En primer plano, un hombre enmascarado corre dejando un borrón de cencerros y pellejo de animal. Lo han retratado a velocidad lenta, en pleno salto, y la mitad de su cuerpo y de la máscara de madera que le cubre el rostro salen fuera del cuadro, un brazo extendido, un pie en el aire. Parece un antepasado tosco del *cigarrón*, coronado con una estela larga de cintas. Detrás de él, en medio de un camino embarrado bordeado de casas de piedra, otros personajes avanzan hacia la cámara, manchas escuetas vestidas de *Entroido*, que agitan sus mazos, o quizás son tenazas, en las manos. Al moverse, levantan en el aire a tres gallinas asustadas. A la derecha, camuflada casi por completo en la oscuridad de una puerta partida, una niña observa al enmascarado con terror y fijeza. A Flora le recuerda a aquellas espantosas imágenes de ella y su hermano con los payasos del circo, llorando, porque le daban miedo.

Tras la fotografía, escritos a pluma en una caligrafía apresurada que Flora no reconocía, los datos: «Randín, 1949». Le extrañó el lugar, porque su familia procedía por una parte de Terra Chá y por otra del Alentejo, aunque ella no se reconociese en ninguna de esas referencias, y no porque nacer en Londres solape las identidades de los hijos de los emigrantes, más bien le añade una nueva salsa al mejunje, sino porque su atención, desde que pudo elegir qué le interesa, la han capturado otras expresiones culturales: brillo de espejitos, collares de semillas que se agitan, y por debajo, todo el mundo oculto de las creencias y la superstición. Entonces Flora había devuelto el documento a su caja de cartón: tenía otros proyectos, viajes, investigaciones sobre el candomblé y la kimbanda. Ahora es su asidero. Muchos antropólogos antes que ella han estudiado las mascaradas de invierno en Gali-

cia, pero eso que se ve en su fotografía no lo ha estudiado nadie. Es una mascarada perdida, quizás un *Entroido*, y parece diferente a todas las que hay a ambos lados de la Raia. Fue esta imagen, junto a sus habilidades para la exageración, lo que le abrió un hueco en el proyecto de los museos transfronterizos, una oportunidad para reconducir su trayectoria después de haberla estrellado contra un suelo de aristas muy afiladas.

Lleva dos semanas recorriendo la Raia Seca de este a oeste, y vuelta. Ha visitado a los *cigarróns*, a los *peliqueiros*, los *carantoños*, los *follateiros*, los *boteiros*, los *troteiros*, las pantallas, los *felos*, las *mázcaras*, los caretos. Ha hablado con todos. El problema es que en A Limia nadie recuerda la celebración que aparece en su foto.

Removió los archivos con los cementerios, molestó a unos y a otros, dejó copias de la imagen en todos los ayuntamientos, preguntó a los médicos rurales, a los pescaderos itinerantes, a los *feirantes*, y no paró hasta que encontró a la niña de la foto. Se llamaba Selvita Fontes, entonces una pequeña espabilada, hoy rondando los noventa, una mujer con una habilidad legendaria: tenía una memoria extraordinaria para los cuentos e historias. Seguro que ella recordaba la mascarada perdida. Flora ha logrado sacar a la luz la rama dorada, a base de preguntar, acosar, tocar teclas, seducir y rastrear. Selvita, la de los Fontes, es el gran descubrimiento.

Y es inaccesible, según le decían todos.

Ahora, delante del tipo de la hoz, todas sus estrategias y expectativas se apartan para abrir paso a aquella frase sarcástica que tanto repetía su padre, cocinero de barco mercante:

—Los Luido sólo sabemos hacer una cosa. Pero la hacemos mejor que nadie, Floriña.

—¿Cocinar?

—No, *muller*, ¡fracasar!

Y su carcajada poderosa ocupaba todo el espacio durante un momento, antes de ahogarse en los estertores de unos pulmones con más peso en alquitrán que en tejido orgánico.

Flora estaba tan convencida de que su método funcionaría con Selvita que no había tomado ninguna precaución. Dejó el coche abajo, en el arranque del camino, subió repasando su puesta en escena, las preguntas escalonadas para emanar un clima de escucha, cordialidad, participación, por este orden. Entre los peñascos de la serra do Larouco,

la casa de los Fontes, forrada en un cemento que parecía llevar muchos años sin pintar, se ha contagiado de ese tono que de lejos parece gris y de cerca es el resultado de un fondo blanco moteado por los desconchados, el cuarteado, las humedades, algún círculo expansivo de cosas vivas y la roña en general. Un añadido a dos aguas con el ladrillo a la vista, puerta de aluminio, ventanas de madera con rejas oxidadas. Incluso en la planta de arriba. Sí que son desconfiados.

El plástico del timbre estaba negro y derretido, como si le hubiesen acercado un mechero encendido. Al pulsarlo, se liberó un coro de campanillas, pero dentro no pareció moverse nada. Tras las barras de la puerta, tras el cristal, tras la cortinilla de ganchillo, la oscuridad muda como una piedra. Pero tienen que estar, Suso dice que siempre están. Rodeó entonces la finca, alambrada con malla de acero verde. Terreno útil, nada de césped, rosales ni fuentecitas. Quizás no tuviesen suerte, pero lo intentaban de todas las formas en las que se puede trabajar un espacio de ese tamaño.

En una esquina hay tres colmenas de aspecto triste. Un invernadero bajo y despellejado. Algunas vides intentan ascender por la valla. La tierra está removida y mezclada con desechos de cosecha, dándole al huerto un aspecto caótico que, sin embargo, debe tener algún sentido. La impresión de labor desesperanzada que emitían los brotes impregnaba también el patio trasero, una explanada de cemento donde dormitaban dos mastines inmensos, delgadísimos. Son perros territoriales, hostiles con los extraños. Siempre que Flora los ha encontrado en sus recorridos en busca de fuentes orales, salían al camino y marcaban su autoridad: yo estaba aquí antes. Pero estos dos, si no los hubiese visto sacudirse para espantar las moscas, Flora habría pensado que estaban muertos, que eran momias, sacos de huesos, hechos de la misma materia astillada que la mesa sin una pata sobre la que una damajuana mediada de vino esperaba la hora de su petrificación.

Primero encontró los cobertizos y después a la vieja. Su ropa y su piel parduzcas se mimetizaban con las paredes grises en las que brillaban líquenes amarillos. No era fácil distinguir su silueta, pero cuando logró recortarla, Flora ya no pudo dejar de verla. Apoyada en dos varas, con la espalda arqueada como un cartabón, la anciana manejaba un cubo del que sacaba maíz a puñados para echarlo a cuatro gallinas que andaban, picoteaban y cagaban alrededor de sus zapatillas ortopédicas. Dejaba un bastón contra el muro, lanzaba un puñado de

cereal, arrastraba el cubo unos centímetros. Recuperaba el bastón, avanzaba dos pasos y vuelta a empezar. El mecanismo tenía tantas interferencias que daban ganas de arrancarle el cubo de las manos y hacerle tragar el pienso. Tenía que ser Selvita.

Chegar e encher, pensó Flora, esa expresión que usaba su padre cuando algo le salía bien a la primera, contradiciendo el destino fracasado de los Luido.

—¿Selvita? —le gritó desde fuera del cercado. Los dos perros, sin mover siquiera una oreja, comenzaron a soltar un gruñido largo, profundo, ronco. Sonaban igual que sonaría Tom Waits ladrando desde el fondo de una tumba. La anciana levantó la cabeza y sonrió. Se limpió las manos en el mandil y activó la maniobra de acercamiento, con ese paso dramático, bastón, paso, bastón, que le daba cierta solemnidad. Flora le vio las piernas al aire, ribeteadas con una maraña de varices y arañas vasculares. ¿Qué edad tendría? Si la fecha de la fotografía era correcta, no podía llegar a los noventa años, pero parecía la bisabuela de la diosa que parió la tierra.

—¡A buen sitio vienes, nena! Ney, Sou, *calade, ho* —ordenó a los perros—. ¿Qué *que's*?

—Selvita, creo que no me conoce, pero me han hablado mucho de usted. Me han dicho que es la persona que sabe más historias de las fiestas de antes. De los *entroidos* y las máscaras.

La anciana se rio.

—*Deus* bendito, más sabía antes. Ahora ya todo eso no le interesa a nadie...

«¿Ves, Suso?, así lo consigue una experta», piensa Flora, relamiéndose de autocomplacencia.

—¿Que no? Yo vengo desde muy lejos para hablar con usted. Estoy estudiando aquellas celebraciones que se hacían por aquí en invierno, con los cencerros y las máscaras de madera. Mire esta foto. Le va a sorprender. —Flora sacó de su carpeta la imagen en blanco y negro impresa en un folio y aprovechó el momento para encender con disimulo la grabadora del móvil que llevaba colgando en el cuello, pidiendo perdón mentalmente a Evans-Pritchard, a Malinowski, a Julio Caro Baroja y a todos sus maestros de antropología, que desde las montañas la miraban con desaprobación. Incluso con desprecio.

Selvita, que avanzaba lenta, decidida, se congeló a unos cinco metros de la verja como si hubiese detectado un peligro, una trampa, un

explosivo bajo su pie. Una voz, agrietada y ronca, se estampó contra la espalda de Flora, un derrumbe causado por el grito de un gigante: Tú qué tienes que molestar a mi madre. Flora se giró y lo vio ahí delante, se le había acercado por fuera del cercado sin hacer el menor ruido. Un hombre con cara de muchos enemigos y de pocas diversiones, un ogro, el tipo ese sobre el que Suso le había advertido, el hijo de Selvita que todos decían que era un aventado, un agresivo y un desarraigado, aunque había nacido en esta misma casa en la serra do Larouco.

«Aquí todos están famélicos», piensa.

El hombre vestía un mono de trabajo muy viejo y descolorido.

«Parece la funda de un esqueleto».

—*Mamá, vai pa dentro* —dice.

«Y en la mano lleva una hoz».

—Qué tienes que decirle tú a mi madre. Larga de aquí. —El tipo vuelve a encararse, ahora un poco más cerca.

—Sólo quería enseñarle esto. —Flora agita el papel en su mano. Esa imagen tan hermosa e inocente estimularía la curiosidad de cualquier bestia, está convencida. Los ritos amansan a las fieras.

—*Cajonacona* —estalla el tipo. Y avanza otros dos o tres pasos hacia ella. Agita su muñeca junto a la pierna, haciendo temblequear la hoz.

El teléfono de Flora empieza a sonar, muy alto.

«No te aguanto más, u-u, eres muy aburrido, no me llames jamás».

El tono que identifica las llamadas de su hermano Salva.

—Larga de aquí, que te reviento.

«No te aguanto más, no te aguanto más».

El tipo levanta el brazo muy despacio, el sol destella en la hoja, demasiado limpia y brillante para esa mano mugrienta, para ese cuerpo destartado, para esa finca que se derrumba colonizada por el óxido, el calcio y el líquen.

—*¿Tasorda o qué?*

«No te aguanto, no te aguanto, no te aguanto más».

Y Flora, que es una tía canija pero *arroutada*, agacha las orejitas, cierra el pico y achanta. Se recoge dando pasos hacia atrás sin dejar de mirar la mano del tipo y, al llegar al camino, le da la espalda por mera chulería, porque bajando despacio y con la frente alta una corriente punzante le recorre el espinazo, como un presagio: un berreo, un em-

pujón, un filo que la atraviesa. Cuando alcanza la carretera se gira y ve al tipo todavía allí, la vista fija en ella, ¿puede arrojarse una hoz como se arroja un cuchillo, como un hacha? Flora cree que no. Extiende sus manos alrededor de la boca para amplificar la voz, grita «*mari-consón*» impostando un acento cubano, se mete en el coche y sale volando de allí convencida de no volver nunca más.

Pero volvió.